



*Facultad de Ciencias Económicas
Universidad de Buenos Aires*



Thomas Piketty y Joseph Stiglitz Socialismo Participativo y Capitalismo Progresista

Alberto Müller

CESPA-FCE-Universidad de Buenos Aires

Nota Breve N°62

26/06/2021

Los propósitos de Piketty y Stiglitz

Thomas Piketty y Joseph Stiglitz son dos activos y mundialmente reconocidos intelectuales. Han producido en 2019 sendos libros¹, centrados en la necesidad de recuperar un programa social y económico igualitarista, como respuesta a la profundización de las inequidades verificadas en los últimos 40 años. Se trata de contribuciones muy valiosas, basadas en una amplia recopilación de literatura. El libro de Piketty refleja además un muy considerable trabajo de recolección y tratamiento estadístico, que pone a disposición a través de su página web².

Las ambiciones de ambos libros son sin embargo diferentes. Aun siendo su propósito el de contribuir a una torsión en la actual deriva desigualitaria de la sociedad y la economía, Piketty nos ofrece un muy rico y amplio ensayo, que se remonta a tiempos anteriores al desarrollo del capitalismo. Muestra una dilatada cobertura territorial: además de los principales países occidentales desarrollados (Europa Occidental y Estados Unidos), incluye entre otros a China, India, Japón, Sudáfrica y Brasil. El espectro temático del libro de Stiglitz es bastante más acotado; se centra en la posguerra y en el caso de Estados Unidos, con escasas referencias a otras latitudes o tiempos.

El propósito de esta nota es desarrollar algunas consideraciones de carácter comparativo, que se espera ayuden a comprender la problemática que ambos autores focalizan, y que tratan desde ópticas propositivas similares, como veremos enseguida. No pretendemos seguramente dar cuenta de la integralidad de los contenidos de ambas obras.

El contexto

Piketty y Stiglitz pertenecen a generaciones diferentes. Stiglitz, nacido en 1943, es un exponente de la inmediata posguerra. Se formó en esa época en que era habitual pensar que capitalismo y comunismo convergerían; una opinión extrema – pero con cierta difusión – sostenía que el mundo marchaba hacia el comunismo, de la mano maestra de Joseph Schumpeter. Era frecuente además el posicionamiento hacia la izquierda en la intelectualidad. En definitiva, en esa época en que el desafío del ideario anti-capitalista llevó a este sistema – tal como señaló Eric Hobsbawm³ – a lograr lo mejor de sí mismo, en la resolución de esa compleja ecuación que articula acumulación y distribución.

En este período de un capitalismo que se asume a sí mismo como reformado, asistimos a una profunda ruptura en lo cultural, que libera utopías. Ella ya estaba en recámara antes de la Primera Guerra Mundial; pero se abrirá paso gradualmente en la década del 50 e irresistiblemente 10 años más tarde. Dos guerras de escala nunca vista antes, y también la crisis de 1929, parecen haber marcado la necesidad de un quiebre. Todo lo anterior a los años 50 era sencillamente antiguo. Esta ruptura se vio reforzada por la emergencia de un bloque rival del Capitalismo, que da lugar a lo que dio en llamarse “guerra fría”.

Piketty llega al mundo una generación más tarde, en 1971. En su juventud, y en plena formación intelectual, asiste al derrumbe estrepitoso del ensayo soviético, y también a la reconversión de economías socialistas

Av. Córdoba 2122

2do. Piso, Departamentos Pedagógicos

(C 1120 AAQ) Ciudad de Buenos Aires

Tel.: 54-11-5285-6583 – E-mail: dircespa@fce.uba.ar

<http://www.econ.uba.ar/cespa>

www.blogdelcespa.blogspot.com

hayan quedado saldos; no se trata de un retroceso en todos los frentes. Permanecen avances en muchos campos. Quedan instaladas la aceptación de la liberación y luego de la diversidad sexual, y la pérdida de sacralidad del matrimonio; se generaliza el derecho al aborto; cunde un lenguaje desacartonado en la publicidad, en la literatura, en la vestimenta, en la vida diaria.

Pero sí hay una clara torsión en el plano socio-económico. El modo híbrido estatal-privado de regulación de la economía que dejó la posguerra cede el lugar a la adopción totémica del mercado como una suerte de regulador universal. Los “30 gloriosos” años de la posguerra se difuminan a partir de la estanflación de los ’70; la caída del bloque soviético pone el broche final a este modelo. El Estado retrocede en su presencia, tanto como actor como regulador: el avance paralelo de procesos de integración económica y liberalización financiera puede y debe ser leído precisamente en clave anti-estatal.

La disciplina económica, paralelamente, amplía sus fronteras y ambiciones. Antes se confinaba a la compleja tarea de organizar y canalizar los comportamientos de los individuos en pro de algún tipo de equilibrio en lo colectivo; allí estaban las políticas keynesianas y las diversas formas de planificación. Ahora, la Economía – en base a contribuciones anteriores que limitaban su influencia a cenáculos de liberales nostálgicos o utopistas como la Sociedad Mont Pelerin – atraviesa barreras y se legitima para abordar el análisis del comportamiento en cualquier orden de la vida. El “homo culturalis” que supo protagonizar los revolucionarios 60 pierde protagonismo. El “homo oeconomicus” – antes un habitante de los libros de texto como una caricatura con fines pedagógicos – se escapa de los claustros, sale a la calle y se impone como una suerte de epítome del comportamiento humano en todos los órdenes. En ese proceso, todos nos convertiremos en “homines oeconomici”. Y la Economía gana en técnicas de análisis (la Econometría es una de las estrellas en este proceso) y pierde en sabiduría, de la mano además de una masificación profesional que demanda estándares previsible y fácilmente aplicables.

Pese a la diferencia generacional y de sus respectivos contextos de formación, Stiglitz y Piketty encuentran fuertes puntos de convergencia en su apreciación de lo ocurrido en los 75 años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y también en el activismo en pro de reformas en sentidos similares. Son estas coincidencias esenciales las que dan el adecuado encuadre para identificar aspectos compartidos y diferenciadores.

El punto central común a ambos es la evocación del modo híbrido que combinó mercado y Estado en los “30 gloriosos” años de la Posguerra que ya mencionáramos. Así, en ambos autores el qué hacer pasa en alguna medida por una suerte de restauración, basada en la percepción de una agenda inconclusa o interrumpida

En Piketty es recurrente además el argumento de que los instrumentos que él preconiza ya están en desarrollo desde hace tiempo; los impuestos a las ganancias, al patrimonio y a la herencia son instituciones ya creadas y vigentes (aunque su alcance y aplicación se han visto mitigados). Esto apunta a señalar sobre todo que nada puede ser declarado imposible en estos ámbitos. Su extenso libro puede ser entendido como un gran ensayo con eje en esta tesis, dirigida a quienes objetarán que sus propuestas no son viables: ellas son viables porque ya tuvieron parcialmente vigencia en el pasado, y porque los medios están allí.

Por su lado, Stiglitz también destaca el movimiento hacia la igualdad de la posguerra, aunque señalando que las minorías afro no fueron alcanzadas⁴; y al igual que Piketty, postula una suerte de retorno hacia ese período, revigorizando tendencias que se vieron detenidas.

⁴ Stiglitz salva aquí una omisión importante en una obra anterior, destinada a tratar una problemática análoga a la del texto que aquí analizamos (Stiglitz, J. “The Price of Inequality” – Allen Lane - 2012).

Las causas del fin de los “30 gloriosos”

Ahora bien, ¿a qué atribuyen ambos autores el abandono de esta configuración igualitarista?

Stiglitz opta por una explicación centrada en los actores políticos: señala a la presidencia de Ronald Reagan como el inicio del proceso de reversión, que luego se extiende a todas las gestiones posteriores, republicanas o demócratas (con algún matiz en el caso de Barack Obama). No encuentra síntoma alguno de agotamiento, en términos económicos o políticos, en dicha configuración; ni siquiera menciona la torsión operada a partir de la crisis del petróleo de 1973, que hizo entrar en escena a la estanflación. Es sí muy crítico de la liberalización financiera, empujada luego por la derogación de la Ley Glass-Steagall. Vincula esta decisión al abandono del referido programa de la inmediata posguerra.

Piketty propone una interpretación más articulada, que combina aspectos sociales, económicos y políticos. En este último plano, señala el progresivo desplazamiento de la base electoral de los partidos social-demócratas (incluyendo en esta clasificación al Partido Demócrata de EEUU⁵), que pasan a asentarse sobre los estratos urbanos medios, especialmente aquéllos con formación universitaria. El autor encuentra que este fenómeno se reitera en un amplio conjunto de países que analiza, incluyendo casos periféricos como India y Brasil. El éxito en la difusión de la escolarización secundaria y universitaria lleva a la preeminencia de tales sectores medios, muchos de ellos originarios de familias obreras, y a la aceptación de la convivencia con los actores e intereses de las elites económicas, de la mano de una progresiva brecha salarial (un tema que ya había señalado en una obra anterior⁶). En cierta medida, el programa igualitarista habría sido entonces víctima de su propio éxito.

Por otro lado, Piketty destaca que la integración económica mundial – un fenómeno de gran alcance en Europa – produce fenómenos de desplazamiento de actividades que afectan a los sectores trabajadores. La social-democracia, por su renovada base electoral y reposicionamiento, es incapaz de dar respuesta a este nuevo escenario, dejando así el campo abierto para el avance de la ultra-derecha nativista, que es la única fuerza que articula una respuesta para los sectores afectados por la globalización. El mismo autor señala además la caída del bloque soviético como un factor que contribuyó a debilitar la conformación económica y política de la Posguerra, aun cuando no parece atribuirle centralidad.

En primera aproximación, las explicaciones que aporta cada autor son diferentes; una visión digamos ingenua o bien intencionada podría incluso sugerir que son complementarias. Pero esto es más aparente que real. El interés de la interpretación que nos ofrece Piketty es que va más allá de la mera “perversión de la voluntad” con que parece contentarse Stiglitz. Dado que describe este proceso para un conjunto amplio de países, una explicación al estilo de Stiglitz resultaría poco persuasiva: habría que buscar la razón por la que en todos los países las dirigencias políticas optaron por una torsión similar. Piketty apunta a factores estructurales, que llevan a una nueva deriva al proceso igualador iniciado en la Posguerra (el ascenso social y la integración económica mundial), a lo que agrega como fenómeno autónomo la caída del bloque soviético.

⁵ Esta aclaración es necesaria porque, como muy bien muestra Piketty, el Partido Demócrata sufrió una gradual evolución, desde la defensa de pequeños productores y trabajadores blancos hacia la representación de los trabajadores en general; aun en la década de 1950, persistían en el seno del Partido Demócrata sectores defensores de la segregación racial en los estados del sur; a partir de la década siguiente, ellos fueron migrando al Partido Republicano.

⁶ Piketty, T. - El Capital del Siglo XXI – Fondo de Cultura Económica – 2014.

Pero esta “estructuralidad” se desvanece a la hora de plantear las propuestas, sobre cuyo limitado espectro hablaremos más adelante. Porque si hay causas estructurales que llevan a esta evolución desigualadora, el reflujó de esta tendencia se logra a fuerza de puro voluntarismo, ayudado sí por el abundante aporte que nos brinda Piketty en el sentido de que no hay nada determinado en la Historia.

Por ejemplo, Suecia supó pasar, a partir de fines del Siglo XIX, de una democracia censitaria (los votos de las personas se ponderaban por su capacidad tributaria) al más desarrollado Estado del Bienestar y a la institucionalización de la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas (a partir de cierta talla). Si esto ocurrió una vez, puede ocurrir de vuelta; éste es como dijimos un mensaje central de Piketty.

Se trata entonces – tanto en Piketty como en Stiglitz – de identificar los actores correctos. En otro texto⁷, incluso, Stiglitz dice claramente que los políticos son mercaderes de ideas ajenas, y por lo tanto son permeables por principio.

El alcance de las propuestas: socialismo y capitalismo

¿Pero hasta dónde plantean llegar, en este proceso de reflujó y reforma? Por lo pronto, las configuraciones propuestas reciben denominaciones diferentes. Stiglitz aboga en favor de un “Capitalismo Progresista”, Piketty nos propone un “Socialismo Participativo”. Estos nombres tienen un propósito de difusión, claro; en parte, se trata de enunciar consignas que concitan la acción. Pero no es sobre este punto que los analizaremos (nuestro trabajo no es el del observador o asesor político).

Lo más contrastante es sin duda el que mientras de un lado se apunta a un Capitalismo reformado (“progresista”), pero Capitalismo al fin, desde el otro se propone una particular variante de “Socialismo”, el Socialismo Participativo. Sabemos que éste último término es de significado muy amplio, que va desde el “socialismo real” soviético o chino a la cada vez más descafeinada social-democracia occidental. ¿En qué punto se sitúa entonces Piketty? Él no descrea de la propiedad privada ni tampoco de la iniciativa privada; pero propone una elevada presión impositiva, no mucho más elevada que los valores máximos que se observan en Europa Occidental, pero con eje absoluto en la tributación directa sobre los ingresos, los patrimonios y las herencias, y complementariamente con imposición para apuntalar la descarbonización.

El punto decisivo es la introducción de la noción de “propiedad privada temporal”, esto es, la admisión de la acumulación de la riqueza, pero impulsando una fuerte y temprana redistribución, por vías esencialmente tributarias, que operan fuertemente en la instancia de la sucesión o herencia. El autor no lo dice explícitamente; pero esta noción parecería justificar la adopción del término “Socialismo”. Se pone en cuestión un rasgo esencial de las sociedades capitalistas, que es la de una dinámica gobernada por la irrestricta acumulación de capital, algo que por otro lado hemos visto acentuarse en las últimas décadas.

Pese a esta invocación al “Socialismo”, el programa de reformas que Piketty propone luce acotado: se centra en la redefinición de instrumentos fiscales, con una atención un tanto “rutinaria” digamos hacia cuestiones que en los mencionados “30 gloriosos” no tenían centralidad, como lo referido al medio ambiente y al cambio climático. No propone desandar sino redefinir la integración económica europea – un proceso que se sostuvo en todo el período de posguerra – como tampoco se expresa en términos radicales con relación a las finanzas. Demanda sí correcciones, en el terreno de la coordinación fiscal en el ámbito de los países desarrollados; enfatiza la necesidad de contar con un articulado sistema de federalismo fiscal, que permita

⁷ “The Price of Inequality” – op. cit.

terminar con la competencia entre fiscos, cuya consecuencia es un modesto nivel de tributación sobre los dueños de capitales de alta movilidad.

Piketty refuerza su propuesta – nuevamente, un tinte “socialista” – con la introducción en los directorios de representantes de los trabajadores, a la manera de Suecia y Alemania; pero destaquemos que no se extiende demasiado acerca de cuáles son en definitiva los efectos que debemos esperar de este dispositivo institucional. Por otro lado, se muestra escéptico en cuanto a las posibilidades niveladoras de la educación, indicando que ella mayormente tiende a replicar las desigualdades sociales. Esto se percibe tanto en los niveles primario y secundario (donde los barrios determinan la calidad de los establecimientos educativos que los atienden) como universitario, a partir de los métodos para el ingreso, el limitado alcance de los cupos y demás acciones afirmativas, y desde de los aranceles, en el caso de los Estados Unidos. Tampoco parece confiar demasiado en instrumentos que intervengan en la distribución primaria del ingreso (salario mínimo, negociaciones salariales).

En definitiva, el plano de la fiscalidad es para Piketty lo determinante, cuando se trata de la acción.

El “Capitalismo Progresista” de Stiglitz no ofrece una discusión tan articulada. Si bien la visión de este autor es quizá más amplia en términos temáticos, sus propuestas no van mucho más allá de tópicos reconocibles: acción afirmativa en favor de las minorías, facilitar el acceso a la educación, brindar salud universal, instrumentar un sistema eficaz de préstamos hipotecarios, limitar el financiamiento de la política. Una agenda de un indudable tinte estadounidense, porque el “Capitalismo Progresista” es una propuesta que se amolda a la realidad de ese país.

Un reflejo de esta centralidad estadounidense es el fuerte y crítico punto de vista de Stiglitz sobre el mundo de las finanzas (reiterando una postura ya expresada anteriormente). Éste es un tema al que Piketty dedica poca atención; de hecho, la cuestión de la formación de burbujas – algo que se supone debería ser central en un autor preocupado tanto por cuantificar como por descentralizar la propiedad de la riqueza – es apenas mencionada.

El posicionamiento frente a la teoría económica

Hay una diferencia significativa entre los autores, ambos economistas. Ella se refiere a su relación con la teoría económica. Stiglitz ha asumido siempre – y lo reitera aquí – una posición que podríamos calificar como “ortodoxa de izquierda”, en cuanto a la forma como enmarca teóricamente sus propuestas. Esto es, no parte de una crítica general al enfoque teórico estándar – esto es, neoclásico – sino que apunta a encuadrarlo en un escenario realista. Típicamente, un supuesto de los planteos usuales en libros de texto es el de información completa, o la ausencia de externalidades. Esto forma una suerte de encuadre referencial básico, del que luego el economista podrá separarse en algún grado. Para Stiglitz, externalidades (por lo tanto, mercados ausentes) e información no completa son algo así como el contexto de partida.

Tal vez en su fuero interno, Stiglitz sea menos ortodoxo de lo que muestra; quizá prefiera argumentar desde esa matriz teórica, como forma de llevar la discusión adentro de la fortaleza de la ortodoxia, y no como un sitiante externo. De hecho, ésta fue en su momento de John Maynard Keynes, cuando propuso una teoría “general”, que englobara a la teoría “clásica” (la ortodoxia de su tiempo) como un caso particular. Pero la heterodoxia de Keynes es fácil de entrever; la de Stiglitz bastante menos. En cierto sentido, Stiglitz muestra

que lo ideológico es más propio de los teorizadores que de las teorías; una visión saludablemente pragmática con la que es oportuno coincidir, más no sea para evitar debates estériles.

La postura de Piketty frente a la teoría económica convencional es de mayor distancia. De hecho, en sus análisis no hay casi rastros de una perspectiva propia del economista profesional, más allá de su evidente capacidad en el análisis y sistematización estadística y sus detallados conocimientos de la temática tributaria. El desarrollo general del texto parece reflejar mucho más la óptica de un historiador económico, sin preocupación por inscribir su análisis en algún marco teórico determinado. En las dos páginas finales de su libro, expresa además su malestar con la teoría económica, a cuyo empoderamiento atribuye “el fatalismo y la sensación de impotencia”, y llama a un abordaje pluridisciplinario, aun cuando, insistimos, no hay referencias teóricas en su extenso libro.

Conclusiones

Nuestro punto de vista – en términos de axiología – seguramente coincide con los de Stiglitz y Piketty. Y seguramente el mensaje de éste último en el sentido de que no hay imposibles en lo que se refiere a objetivos distributivos y de participación ciudadana es un aliciente.

Pero pensamos que la propuesta debe ir más allá de esa suerte de retorno a un pasado. De él aprendemos, pero a él no volvemos. Es tiempo entonces de pensar – en esta época tan opaca y pobre de utopías – cuál es podría ser una nueva vía liberadora. No deja de ser paradójal que precisamente sea Piketty – que en su vida adulta solo vio de los socialismos reales su descomposición o reconversión – nos proponga nuevamente una vía a una forma de “socialismo”. Es una paradoja, pero es también una forma de recuperar la utopía.

El tiempo dirá si la peculiar conformación híbrida estatal-privada de la posguerra fue un accidente, tras lo cual el Capitalismo volvió a ser quién es, o si se trata de flujos y reflujos propios de una historia que no tiene un curso predeterminado. Esa será la tarea de los futuros historiadores. Como agentes del presente, no nos queda sino seguir el camino de la acción.